

BIBLIOTECA NACIONAL
<i>L. 90 - S. N. E.</i>
<i>a-1-b-2</i>
Quito-Ecuador

J. R. Burbano.

ANFORAS VACIAS.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
NO. <i>5828</i> AÑO <i>1990</i>
PRECIO ... DONACION...

1924.

POEMA OLVIDADO

Al laureado poeta

Luis Cordero Dávila





PIEDRA CAMPESINA

Cristalizada en esta tierra mía,
donde brota la flor, donde el perfume
se alza del llano hasta la cumbre fría
y en tropical esfluvio se consume:•

Oh piedra, hija de campos virginales,
porque eres hija de cuencana tierra,
das flor, si a flor de la llanura sales,
y oro, si el monte en su filón te encierra.

Tal vez un corazón há tiempos fuiste,
y el hado inpío te ha trocado en triste
lápida de tu misma desventura;

pues sé que porque callas no estás muerta:
cuántas almas callamos! y está abierta
cruel herida que es boca de amargura...



No digan que no hay savia en tus entrañas,
y que no sientes palpitar la vida:
siendo así no brotaras espadañas,
ni vivieras de líquenes florida.

Ah! quién te auscultó a tí para creerte
o muerta o insensible, piedra mía;
corazón de mis campos, nadie advierte
que estás latiendo cual mi entraña fría....

Nostalgia de algún mundo que perdiste,
lumbre de sol que para tí no existe,
pena insistente de una dicha muerta,

muda-te hicieron, ah! y mi oprimido
corazón, habla aún... más duro ha sido
mi corazón que tú ; piedra tan yerta!...

Tú la muralla siempre y siempre roca,
desolada y con sol que te calcina,
que puedes cuando más servir de boca
a la queja sin voz de la ruina;

Tú, milagro de Dios, aquí to enfloras,
y das arraigo a la silvestre grama,
y a tu amoroso musgo lo coloras,
y él en tí sus encajes desparrama.

Dónde has de ser mejor que aquí en mis valles,
oh piedra, en los que tú, por más que calles,
lo que eres, sólo al verte se adivina;

pues prendida en el risco y las rompientes,
el Señor, para asombro de las gentes,
te hizo su lengua, piedra campesina.

Hermana piedra, hermana campesina,
mustia flor de las aguas y llanuras,
ya solitario bloque de ruina,
ya jardín con aroma de amarguras;

Como mi corazón, tu triste hermano,
quedaste, si latiendo, enmudecida,
como él trocada en hondo abismo arcano,
y en boca sin un ay! para la vida...

Me das envidia, hermana, hermana triste,
viscera que a la pena te rompiste,
pareces tumba! y te abrazó la hiedra;

qué mi entraña tan negra, tan vacía
ay! fuera como tú, latiente y fría,
florida como tú, pero al fin piedra!...



II

PIEDRA CASERA

Poema de los pobres, dime dónde
habrá otro, Moledora de la aldea,
la que a tu canto con amor responde
cuando el maíz en ti se espolvorea.

Qué alegre es tu canción, la estoy oyendo!
sin aspas y sin agua te estremeces,
y en torrentes por ti va descendiendo
la blancura deshecha de las mieses.

Cuán dulce no es tu pan, trabajadora,
hecho con tanto amor donde se llora
la miseria del pan que no dá hartura;

y han de decir las lenguas todavía
que eres la roca estéril y vacía,
la muda, la insensible piedra dura ...

Nadie al umbral de la morada llega
que interrumpa el vaivén de la ágil mano;
y hay luz que apenas su destello riega,
viento en las brasas, del fogón cercano;

Pequeñuelo dormido en duro suelo,
y la madre que muele, presurosa,
el grano, que en la noche de desvelo,
al romperse, parece que solloza.

Tú, piedra, allí, que no faltar podías
con más razón allí, donde hay vacías
manos que la miseria no ha colmado;

qué oculto manantial, que yo no encuentro,
para hacer dulce el pan, tienes adentro
de tu ser, como el mío tan helado!...



III

PIEDRA DEL RIO

Las bravas olas sin cesar te baton,
y tú, lo mismo que si no sintieras,
inmóvil, mientras ellas te combaton,
resistes las corrientes viajeras.

Qué fiesta te hace la onda en su camino,
que lejos de seguir rauda adelante,
te circuye en su suave remolino
y se tiende a tus pies un breve instante



Algo habrás de tener que ocultas tanto,
algo que el agua te traduce en canto,
que a las riberas sin cesar recrea;

algo que vas mandando en la corriente,
por eso el agua se hace reluciente
flor de espuma y de sol, y te rodea.

Pero a mí me contaste tu tristeza
cuando las noches me senté a tu lado,
y te ví de la luna a la tibieza,
y me sentiste tú, cual tú, helado.

Cuántas veces nos vimos, cuántas veces
que a los dos asediábanos la angustia,
cuando perdidos en las lobregueces
fuiste la imagen de mi frente mustia.

Y en la quietud sin sol de aquel paisaje,
cuando se vuelve pena hasta el follaje
que en la onda corre, mientras todo es calma;

en esa hora, decirnos quién podía
ay! a cual de los dos más hondo hería,
si la onda a tí, o la orfandad a mi alma!...



IV

PIEDRA SEPULCRAL

Postrer y eterno don de tu ternura,
hermana ; y aún dirán que tú no sientes!
resguardas con amor la sepultura
y lloras, más que yo, por los ausentes.

Ay! nunca como aquí yo te he sentido
más hermana de mi alma, hermana triste;
si no has llorado tú, qué otra agua ha sido
la que carcome el muro que cubriste...

Urna mejor que de oro, ni a mis ojos
dejas humedecer esos despojos
que guardas, piedra, con cariño tanto;

tánto tienes de humano en este abismo,
que al mirarte creí que eras mi mismo
corazón, en tapial de cal y canto!...

Dónde estará la piedra que mañana
cierro la entrada a mi olvidada huesa;
tal vez allá, perdida en la lejana
soledad del pajón y su tristeza.

Una de esas musgosas yo quisiera,
una de esas del páramo sombrío,
alma del pajonal, la plañidera
con el viento, la niebla y el rocío.

Ay! yo quiero de aquellas que aprendieron
a filtrar gotas de agua, porque fueron
ojos de manantial siempre escondido;

piedra por donde lloro noche y día
mi corazón, más que de sangre, fría
ánfora de agua, que rompió el olvido!...

Tú, piedra, a la que llaman la insensible,
a la que nada, al parecer, conmueve;
tú, mármol y jardín ; algo imposible !
entraña palpitante, envuelta en nieve;

Tú, del olvido corazón inerte,
tú, eco de un dolor mudo y sombrío,
vida sin luz ni sol, y donde duerme
quizá algo más que en este mármol mío . . . ;

Si en sus horas de pena, sin hallarme,
vinieran ; que no vengan ! a buscarme
los míos, en mi Cruz los ojos fijos,

ay ! habla, piedra, dime lo que hicieras
si salir de tu fondo me sintieras
para morir de nuevo entre mis hijos ! . . .

V

FINAL

Piedra la de mis lomas escarpadas,
piedra la de mis ríos azulados,
cristal lleno de sol en las cascadas
y jardín florecido en los cercados;

Flor de mis tierras, que por ser tan pura,
hasta en el ara de mi Dios posaste,
y hermanando tu albura con su albura,
trono a la Hostia en tu espejo regalaste;

Cómo nos fuera dado en nuestro olvido
dejar, con un abrazo confundido
en tí mi corazón que plegó el vuelo;

ahogado así el germen de dolores,
podría en tí mi sangre hacerse flores
y darme un nuevo corazón tu hielo!...

—:0:—



QUIEN SABE A DONDE!....

I

Y no hay bajo este sol de cada día,
para desventurados labradores,
sino la pampa del trugal vacía
que la calcina el sol con sus rigores.

Candente el aire que el arbusto quema,
muerto el verdor de la gentil llanura,
no alegra al hambre la esperada gema,
vida y pan de la indiana desventura.

En vano el mañanero campesino,
en desbrozar la dura sementera,
trabaja bajo el sol que no se esconde;

mientras por el silencio del camino,
va el perro flaco con la lengua afuera,
para buscar el pan ; quién sabe en dónde !

II

Y a dónde irá esa música doliente
que está regando la campestre quena
en la aridez sin sol de la pendiente,
en cuyas quiebras el clamor resuena.

Lenguaje de una vida sin ventura,
más que música, lúgubre gemido,
en el que lanza al cielo su amargura
el indio, presa del ingrato olvido.

De todo encanto tu vivir vacío,
¡ qué de la vida tu desdicha espera,
si al ay ! de tu inclemencia no responde

sino le quiebra del peñón sombrío,
hermano, que te vas por la ladera,
con la quena, y sin sol ; quién sabe a dónde ! . . .



ULTIMO CANTO

I

Amaneció sin sol esa mañana,
y todo el día que pasó sombrío,
regó, llena de pena, la campana
clamor de muerte en el ambiente frío.

Y por la ausente, sin cesar se oía
rumor lloroso de plegaria incierta:
el pobre palomar que Ella quería
calló, sabiendo que Ella estaba muerta,...

En toda la heredad, rumor de llanto,
en el huerto, la falta de su encanto,
donde alegre las tardes correteaba:

todo calló a su falta, y de tristeza,
escondida entre el ala la cabeza,
cantó triste el gorrión que Ella cuidaba!...

II

Gimo todo en redor: la noche fría
vuelve más negra la enlutada casa;
riega el huerto llorosa melodía
cuando la brisa por la fronda pasa.

Todo es silencio en torno de la muerta,
silencio que se turba breve instante,
cuando al abrirse crujidora puerta
asoma alguna sombra sollozante.

Cuando pasó la noche, suave, ufana,
la temblorosa luz de la mañana
empapó en lumbre el silencioso huerto:

más, como en otros días de venturas,
que despertaba al dueño con dulzuras,
ya no cantó el gorrión... ; estaba muerto!...



ASTRO LEJANO

Polvo en la estancia que nos vió otros días
asomados los dos a su ventana,
cuando Ella, al viento de las tardes frías,
buscaba mi calor como una hermana.

Polvo en las flores, en las inuertas flores
que así marchitas el florero guarda,
y espera otra fragancia, otros primores
de aquellas manos que en traerlos tardá

Quietud de pena la morada acalla,
muda la vida en su silencio llora;
ya no del huerto la canción estalla,
como otros días al sentir la aurora.

Yo no sé dónde estás, lucero esquivo,
de mí te ocultas en confin distante:
mas sé que vives, porque aún yo vivo,
yo, sombra tuya, que camino errante

Cuán dulce mi tristeza cuando ardiente
llegabas, como estrella vespertina,
para regar sobre tu eterno ausente
tu luz, que no alegraba la ruina . . .

Tiempos tu luz mi senda ya no alfombra,
ni arrastra en el tapial mi sombra trunca:
pues no disipa tu fulgor la sombra
que, fija en mí, no se desprende nunca . . .

1910



FRATERNAL

En la muerte de

LUCIA CORNEJO C.

No sé! pero me tiembla todavía,
como si lo estuvieran arrancando,
el corazón, a quien ayer pedía
que sin tí no siguiera palpitando.

Ida tú, yo no sé cómo ha podido
quedar sin su mitad tan largos días,
cómo no ha muerto con tu cruel olvido,
sin encontrarte tantas noches frías.

Me da pena de verlo como llora!
pensando en encontrarte a cada aurora,
se despierta, el primero, al nuevo día;

y como sin hallarte se durmiera,
me llama por las noches, y en tu espera,
me pregunta si has vuelto, hermana mía...

No quiere irse esta pena de mi lado,
¡sombra que se ha dormido en la ruína!
y mis ojos, cual grietas del nevado,
están goteando, envueltos en neblina.

Cuando tu ausencia el corazón me oprime,
te busco inquieto en la heredad callada,
y a mi loco cariño que te gime,
tú, mala! mala!... no me dices nada!

Por no sé qué tenaz presentimiento
pienso que has de volver, y mi tormento
se hace más triste al esperarte tanto;

ay! que para crueldad de la amargura,
tú, que para cualquiera eres dulzura,
esperanza, en los tristes te haces llanto!...

Parece que hasta el viento te sintiera!
con el olor del agua y del sembrío,
todas las tardes viene a tu vidriera,
y se filtra gimiendo al cuarto frío.

Y por hallarte, luego enloquecido,
entreabre bruscamente la ventana;
y al no verte, le arranca un alarido
tu rizo abandonado en la persiana!...

Al fin, como en arranque de amargura,
después que recorrió la casa oscura,
sin tí callada, lúgubre, vacía,

se estrella en el florido limonero
y le arranca a tu pena, traicionero,
las flores en capullo todavía...

Si vieras cual te llora y se enloquece
la golondrina que anidó en la casa;
te busca con cariño que entristece
y por tu alcoba revolando pasa.

Creviendo ver tus ojos ; pobrecita!
cuando el sol en el río se retrata,
sobre la ola fugaz se precipita
y no encuentra tus ojos ... ; ola ingrata ! ...

Y cada tarde, al descender la lumbre,
en el filo se está de la techumbre
mirando, inquieta, el trajinar casero;

y si paso junto a ella que te espera,
al mirarme sin tí ¡ quién lo creyera !
por no llorar se esconde en el alero ! ...

Aun el jardín se ha muerto con tu pena:
y al arbolado escuálido y lloroso,
en vano, por llevar a la colmena
la miel, viene el enjambre rumoroso.

Hay una lascitud en el follaje,
con cada nuevo sol se hace más triste,
cual si quisiera asirse hasta el ramaje
a la tierra tan fría en que te hundiste . . .

Ay ! y de ese rosal por tí querido,
sobre el que vertí llanto por tu olvido
que se llevó todas mis ilusiones;

esos, los que en mi llanto se empaparon,
muertos como al invierno se quedaron,
para no abrirse nunca los botones...

Por ver si calmo mi dolor, llorando
llego a la Virgen a quien tú rezabas,
y le grito en mi angustia:—dí hasta cuándo,
Madre, en tu amor, mi soledad no acabas...

Y cual si acompañara a mi congoja
el rosal que en el búcaro se inclina,
se deshace a mi aliento, hoja por hoja,
y queda junto a mí ; sólo la espina!...

Y en la locura de mi mal sin calma,
cuando su vuelo a Ella tiende el alma
para encontrar dulzura en el quebranto;

oprimiendo la entraña hecha despojos,
si alzo mis ojos por mirar sus ojos,
hallo que hasta ellos se han deshecho en llanto!

Adiós! si alguna noche en tanto olvido,
compadecida, a mi dolor te vienes,

y me encuentras que lloro aun de dormido,
y tú, triste, a mi lado te detienes;

Quiero que no me digas nada, hermana!
nada que alivie mi tenaz tortura;
quiero no verte a mi dolor cercana,
si de nuevo has de hundirte en niebla oscura!

Y esa noche ; que acaso espero en vano!
vente, y por esa herida que me has hecho
con la crueldad sin nombre de tu mano,

al corazón, que tanto te quisiera,
ay! esa noche arráncalo del pecho,
y llévalo contigo a que no muera!...

Tierra, revienta en flores a su lado,
Ella fué flor que nunca dió tu aroilla;
su vida fué un cristal nunca empañado
y tuvo el alma cándida y sencilla.

Cada mañana moja tú, rocío,
de su tumba las pobres yerbezuelas,
estrella, suspendida en el vacío,
dile, por Dios, que por mis ojos velas...

Y si te falta, cementerio triste,
tristeza, a ti que nunca retuviste
dentro tus tapias corazón más puro;

como quena, a que lllore noche y día,
con el viento, en la grieta más sombría
queda mi corazón bajo tu muro!...



DESPEDIDA

Nos sobra aún crepúsculo,
alma mía, gocemos
de la luz que parece que llorara
sobre el cadáver de este día muerto.

Mira cual nos convida
el fulgor triste que derrama el cielo,
a envolver en su manto tembloroso
este llorado ensueño
que se abraza a los dos, con la amargura
del mudo adiós postrero!...

Que esa lumbre amortaje
nuestra esperanza que se vá tan lejos!...
de aquí, desde esta cumbre
que domina los campos, contéplemos
la última llamarada de la tarde
y el triste adiós de nuestro pobre ensueño!...

Y cuando se hayan ido,
a mi alcoba desierta volveremos,
a abrazarnos los dos, como se abrazan
los que vuelven llorosos de un entierro,
y quedan pensativos
junto a un vacío y enlutado puesto!...

1910.



INVERNAL

Cuan húmedo el paisaje ha despertado:
la campesina soledad hoy día,
en la extensión parece que ha regado
los gritos de una cruel melancolía.

Los árboles se inclinan tristemente
al peso de la lluvia rumorosa,
hay un olor de tierra en el ambiente
y una quietud de frío en toda cosa.

El humo que se tiende en el alero
como una nube azul que no se mueve,
se queda de la lluvia prisionero;

y cual si un eco de la ruina fuera,
adentro, su rumor esparce leve,
con humana tristeza la gotera.

Campesino vivir, tus asperezas
quién supo comprender y conmovido
hacer tuyas del indio las tristezas,
del indio, mártir de un injusto olvido.

Del frío atardecer, a luz escasa,
encallecida mano adentro atiza
la con el pobre compasiva brasa,
que a sí misma se guarda en la ceniza...

Cómo será la campesina cena
adentro de esa choza desolada
cuya miseria hasta al peñón apena,

si va por la aridez de los riscales
turba hambrienta, a estas horas! fatigada,
a leñar en los húmedos jarales.

Qué triste la silueta del camino,
donde quedó la charca en el recodo,
por el que nadie en estos días vino
con la alegría que dá el sol a todo.

La tórtola con eco lastimero,
desde la grieta en que se guardeciera,
porquo acamó la paja el aguacero,
llora la frialdad de la ladera.

Y de la indiana miserable choza,
donde todas las noches son más frías
y la pena insistente no reposa;

junto al muro, mojado y aterido,
balando a las crueldades de estos días,
el rebaño se agrupa entumecido.

*

Impávida al rigor de la natura,
en el patio la yunta rumia queda,
y por la piel, puliendo su tersura,
el agua en gotas cristalinas rueda.

Lanza de vez en cuando un resoplido
sin cambiar su actitud muda, indolente,

y sacude la testa que se ha henchido
de la lluvia que cae lentamente.

Por las narices el aliento brota,
que en sutil transparencia de neblina,
en el ambiente humedecido flota;

y porque al cruel destino así le plugó,
son toda la amargura campesina
esos ojos con luz que enturbia el yugo...

A la pena del sol que no ha venido
ha tantos días, al paisaje yerto,
los rosales la lluvia ha entristecido
allá en el fondo del mojado huerto.

En vano otros capullos han cuajado,
el sol ¡ingrato! no los besa hoy día,
y quedará el perfume aprisionado
en la gema que abrirse prometía.

Esperar en el sol ¡vana esperanza!
quién sabe en dónde su fulgor calienta,
que a la frialdad de este rincón no alcanza:

tristeza del rosal, que en turbios días
mató sus esperanzas la tormenta,
en botón, en botón como las mías!...

Y todo gris de cuanto la mirada
abarca del paisaje entristecido;
no llega a los sembrados la bandada,
ni el cóndor el espacio ha recorrido.

Temblando a la humedad que le entumece
el más doliente ser, fiel y canijo,
el hambreado que nunca desaparece,
el perro, se acurruca en el cortijo.

Y cual clamor alado en que rompiera
del campo la tristeza nebulosa
al vestirse de sombras la pradera,

en pos del pan que falta en la ruína,
de repente, ligera y silenciosa,
corta el paisaje alguna golondrina.

Señor, cuando no hay sol, dí, cómo vive
el triste, el pobre hermano campesino,
el que sin Tí la vida no concibe,
ni halla fuera de Tí mejor camino.

Esta humedad que al corazón aterra,
no ha de ser tu favor para el sembrío,

sino llanto insistente de la tierra
que se apena del indio y de su frío . . .

Parece que hasta el árbol, mudo hermano
del indio fuera, en una misma suerte
de abandono de todo bien humano:

por eso, de su fronda tembladora
en ojos convertida la hoja inerte,
la pena cruel del campesino llora.



NUNCA!....

Va llegando la tarde ruborosa:
enamorado el astro, las colinas
enciende, para el paso de la hermosa,
mientras cantan al sol las golondrinas.

Y el oro de esta tarde serraniega,
como deshecho al sol del crudo estio,
desde la altura hasta la pampa llega
y va disuelto en el cristal del río.

Quién fuera cumbre, para cada día
sentir que le acaricia, blandamente,
el postrer toque de la luz lejana.

Ay! qué hondo vives, corazón: tu fría
cárcel, jamás en su retiro siente
sol de tarde ¡ni sol a la mañana!....

A LA ESCUELA

Cada día, después de la aurora,
fresca, hermosa y tranquila como ella,
por mis puertas pasaba una niña
a aprender la costura en la escuela.
Poco a poco en mi pecho sentía
del cariño la llama primera,
que encendió sin que yo lo pensara
esa niña tan pura y tan buena.
De mi alcoba, detrás de los vidrios,
la miraba, sin ser visto de ella,

que no quise que niña tan niña
el idioma de mi alma entendiera.
Y de tarde otra vez la veía
con su hermana volver de la escuela;
la veía mañanas y tardes
y dejar no podía de verla.

Mas un día cuando ella pasaba,
tras los vidrios la ví con cautela,
y no sé cómo pudo notarme
y esta vez me miró ¡ la primera! . . .
Yo no quise que viera mis ansias
quise amarle en silencio, pero Ella
en mis ojos leyó mi cariño,
yo en los suyos leí su sorpresa . . .

Desde entonces mañanas y tardes,
de mi casa al pasar por la acera,
cautelosos los dos de su hermana,
el amor empezó su tarea . . .
Así en su alma el cariño encendióso,
mas fué mía la culpa de verla:
yo creí que aún era muy niña
y entender el amor no pudiera . . .

Una tarde, cuando ella salía,
concluido el trabajo en la escuela,
por la esquina la ví que asomaba

y al mirarla sentí mucha pena.
El semblante mostraba muy triste,
ella nunca tenía tristeza!
que sus ojos habían llorado
me dijeron las húmedas cuencas.
No cual antes que al verme pasaba
sonriendo graciosa y contenta,
y cuidando al mirar a hurtadillas
que su hermana mayor no lo viera;
esa tarde me vió, mas su rostro
al mirar yo sentí mucha pena,
pues su faz dolorida me dijo
que la niña sentíase enferma...

Y al mirarme, sus ojos sin lumbre
con los míos se hablaron apenas,
y un adiós empapado en su llanto
fue su muda palabra postrera...

Luego mustiá y enferma en su lecho,
al calor de la fiebre, risueña,
sus ojitos cerrados movía
cual si hablara con alguien en señas...
Sólo así nos hablamos, de lejos,
mudo el labio, los ojos en vela,
de un suspiro, de un ay, de ese idioma
que en suspiros y en ayes se expresa.

Yo en su tumba planté siemprevivas,
yo le puse un abrigo de yedras:
yo lloré como nadie ha llorado
por mi muerta ilusión ¡la primera!
Desde entonces, mañanas y tardes,
al delirio tenaz de la pena,
a la niña buscaban mis ojos
imposible creyendo su ausencia.
Y en mi muda tristeza lloraba,
de ver sola a la hermana sin ella,
que pasaba vestida de luto
a aprender la costura en la escuela

1906.

EN TU HUERTO

A la memoria de

MARIA LUISA CALDERON G.

Y te anda el sol buscando todavía
por entre el huerto del callado hogar,
donde te vió capullo, cada día,
la eterna envidia de tu cafetal.

Mas si lograron sus destellos rojos
encontrarte en el nítido azahar,
les faltó en cambio lo mejor: tus ojos!
que a ver tus flores no volvieron más.

Y sin poder hallarlos, a su pena,
puesto a temblar en la quietud serena
del huerto, el sol, solícito y tenaz,

a tanto ir tras de tí, quién no diría
que por ver sus negruras todo el día,
pintó tus ojos en el cafetal!...



DE TARDE

Silencio, es la hora de sentir la vida,
de empaparse en dos nieblas:
en la que baja del opaco monte
sobre la muda tierra,
y en la que se alza de la entraña fría:
¡las esperanzas muertas!.....

Silencio, es la hora de las tristes vidas,
la hora en que la pena
al corazón se viene y dulcemente
con el vacío corazón se estrecha.....

En esta hora de sombras y nostalgias,
que sólo se extremezcan
las fibras doloridas
del corazón, que en su abandono tiembla,
porque siente más fría su esperanza
y más lejana de un amor su pená!.....

Todo canta de tarde
su oración de tristeza:
la onda del agua que al correr se abraza
a la musgosa piedra,
el árbol macilento
de ramaje otoñal que el viento hiela,
y la lluvia que arranca
dulces arpegios de las hojas viejas.....

Naturaleza, madre
de tanta vida, de tu entraña inmensa
quién no sorprende cada tarde el eco
de ensangrentada queja,
por algo que se arranca de tu vida
y vá camino de las cosas muertas!....

Déjame que yo escuche tus latidos,
corazón de la tierra,
corazón de la tierra, que en las tardes

haces vibrar tus cuerdas,
y esparces en el campo el dolorido
canto en memoria de las cosas muertas;
yo alternaré mi canto con el tuyo
y con la tuya' juntaré mi pena,
en este instante de los seres idos
cuando la pena nos los vuelve en niebla

Corazón de la tierra, cual yo triste,
que a muerte lloras en las hojas viejas
y la luz que se va todas las tardes,
algo de tí todas las tardes lleva;
juntemos nuestra muda
oración de tristeza,
por tanto que enterramos cada día
en la fosa llamada la existencia!

1906.



CUANDO MURIO...

Dejé que su cadáver se llevaran,
guardarlo no podía!
dejé que de mi lado la arrancaran
como una cosa que ya no era mía....

A sus manos volví lo que me dieron
ayer, cuando vivía su ternura,
versos y flores que de amor murieron: :
restos de mi amorosa desventura....

Sobre su pecho derramó sus cartas,
deshechas en jirones,
y cayeron blanqueando, como sartas
de perlas, en los fúnebres crespones.

A sus cabellos entregué, llorando,
los rizos que me diera,
aquella noche, tan lejana, cuando
canté a sus muros la canción primera.

Todo le devolví, y en la locura
de eterna despedida,
junté sus manos a mi boca impura,
su dulce muerte con mi amarga vida.

Y en la caja dejé que la llevaran,
guardarla no podía!
y rogué que muy hondo la enterraran,
como una cosa que ya no era mía!.....

1908.



POBRE HERMANO!

I

Y van pasando todos, como si nadie fuera
el que la mano extiende, temblando de hambre y frío;
el que en todas las sendas a la piedad espera,
y halla en todo camino aterrador vacío....

Como si nadie fuera, como si de sus ojos
el llanto no brotara de más amarga fuente;
como si el que no implora más pan que los despojos,
no fuera nuestro hermano, que el abandono siente.

Cuál queja más amarga, qué soledad más triste,
qué otra hambre igual a su hambre! ..harapo, nunca diste
calor, si eres tan frío! a esa extendida mano.

Y van pasando todos, y todos al hambriento
que pide pan y a nadie conmueve su lamento,
--perdona, van diciendo, no tengo nada, hermano...

II

Y se alza la miseria ¡el hambre es más horrible!
y vá de puerta en puerta ¡qué falta hace el mendrugo!
el hambre que asesina tenaz, cruel, inflexible,
está sobre esa vida que mata, al fin verdugo!

Y vá camino al rico ¡qué andar de desventura!
esquiva la limosna, la encuentra en muchos días:
las piedras del camino tuvieran más ternura
que el hombre que esas manos deja pasar vacías...

Y toca, insiste y clama: no hay paz para esa planta,
ni pan para ese cuerpo que con crueldad quebranta
el hambre, que en saciarse sigue esperando en vano:

y al pobre que anda apenas, a su bordón prendido,
por dar arrimo al cuerpo que cae carcomido,
qué pena oír que dicen: --vuelve otro día, hermano...

III

Hermano !... y cuándo tuvo para su mal de hambre,
de la suntuosa mesa siquiera los regojos:
en medio a la alegría del mundanal enjambre
cuándo no van llorando sus enturbiados ojos. . . .

Hermano ! . . . y el hermano jamás fué a su vivienda
ni le ofreció el consuelo que en su llorar mendiga,
por ver si los zarzales de la inhumana senda
aleja de sus llagas la caridad amiga.

Hermano! . . . y más hermano que la miseria injusta,
no tuvo el pordiosero sobre la vida adusta
que al aterido cuerpo no dió jamás abrigo! .

Mientras el hambre llore tras la cerrada puerta,
será del hombre afrenta la descarnada y yerta
sombra del pobre hermano, que el Mal trocó en mendigo!

1907.

DIA DE SOL

I

LA AURORA

Desafiando orgullosa a la muralla
de las cumbres plantadas en la vía,
la luz que rompe del naciente día,
por darse paso traba la batalla.

Tiembla de furia la insolente valla
y la luz, que no cesa en su porfía,
al dominar la abrupta crestería,
prende su fragua en que la mole estalla.

Una cumbre, otra cumbre y otra cumbre!
 avante el enemigo que no ceja!
 nueva barrera tras barrera asoma

que humilla audaz la vencedora lumbre,
 y en vez de sangre, generosa, deja
 raudales de oro con que al orbe doma.

II

LA NIEBLA

Temblando al toque dé la luz naciente,
 huye fugaz, y a su correr de espanto,
 en las montañas va rompiendo el manto
 en alas que se arrastran lentamente.

El sol sigue los pasos, insistente,
 de ella, la esquivada a su tenaz quebranto,
 y ella, por alejar del sol su encanto,
 sigue huyendo pendiente tras pendiente.

Mas, fatigada en su imposible vuelo,
 al codicioso sol, al que seduce
 de su blancura el virginal tesoro,

abrazada, más que en amoroso anhelo,
 porque sabe que el oro en ascua luce
 si en el armiño se destaca el oro.

III

EL RIO

Rasgándose en los juncos atrevidos
que entrecruzan hirsuto su ramaje,
lanza el río el poema del oleaje,
mezcla de melodías y estampidos.

Golpeando los picachos ateridos
se descuelga altanero en su coraje,
y los campos al verlo cruel, salvaje,
por calmarlo le esperan florecidos.

Vano empeño! que indómito provoca
aun al risco que el paso le ha cortado
siempre invencible y con audacia suma;

y al mirarse humillado por la roca,
a sí mismo se azota, y de su enfado,
en insulto al peñón, lanza su espuma.

IV

MEDIO DIA

Es una fragua el sol: el panorama
en actitud de asfixia se doblega,
la luz candente que dóquier se riega,
mata el verdor y el peñascal inflama.

Fuego que vibra en incolora flama,
lanza al ambiente la caldeada vega,
y hasta la sombra a refrescarse llega
bajo el árbol que al sol se desparrama.

Todo es sopor en la extensión vacía;
parece que natura se ha rendido
ante el sol que recorre su palacio:

sólo al astro arrogante desafia
el cóndor, porque al vuelo no ha vencido
jamás, ni el soberano del espacio.

V

EL VIENTO

Indomable y tenaz en su pujanza,
despierta en la agria cresta del nevado,
a la encañada llega desbocado
y a la llanura en su ímpetu se lanza.

Nada su andar detiene, rauda avanza
otra vez a la cumbre: le ha prestado
en sus oleajes el trigal dorado,
escala de oro ; al que jamás se cansa!...

Y arriba, al pajonal! ul que doblega,
y en cuya flocadura distendida
desfoga la crueldad de su coraje;

y el ay! que el pajonal temblando riega,
es la voz de la cumbre dolorida
que gime a Dios porque se ve salvaje!..

IV

LA TARDE

Sin que una sombra empañe su tersura,
con manto de oro engalanóse el cielo,
y en la sutil diafanidad del velo
dibujan las estrellas su hermosura.

Revienta en flor de luz la roca oscura
al sol, que huella su impoluto hielo;
y el árbol mudo, acariciando al suelo,
tiende su sombra larga en la llanura.

Se incendia el horizonte, el mar se dora,
y del ígneo gigante que fallece
coronando de lumbre las montañas,

al ver el fuego cruel que le devora,
quiere apagarlo el mar, y abre y le ofrece
la inmensa frialdad de sus entrañas.

VII

LA NOCHE

Bajo la sombra que envolvió la esfera,--
clamor que muere en el eterno olvido,--
no se oye más que el río maldecido
que jamás el reposo consiguiera.

Como ay! de la hondonada, plañidera
lanza su voz, el buho dolorido,
y pasa del volcán el alarido
sacudiendo la muda cordillera.

Señor, al contemplar tu firmamento
que copia tu bondad, o aquellas iras
con que a los mundos en terror sepultas,

no sé qué admirar más en tu portento:
si el torrente de luz cuando nos miras,
o el abismo de sombras si te ocultas!

LA CRIADA

A la memoria de Mercedes Mosquera,
sirvienta inolvidable.



Se me ha vuelto tan malo tu recuerdo,
que aun cuando fué desde tu muerte pena,
hoy, cada instante que de tí me acuerdo,
no sé por qué con más crueldad me apeña.

Será que a las tristezas de la tarde
que envuelve al corazón en nieblas frías,
no queda más al corazón cobarde
que llorar aun las mismas alegrías. . . .

Qué malo está el recuerdo que así insiste
tal vez en acusarme de no haberte
hecho memoria en un poema triste;

pero ¡qué otro poema más sentido
que el haber puesto, por burlar la muerte,
recuerdo y corazón sobre el olvido!..

II

Muertos todos los tuyos y deshecho
el pobre alar que tu niñez cubriera,
hallaste hogar en mi casero techo,
y lumbre, que en el tuyo se extinguiera

Cuando pudiste ver que era despojos
y nada más, tu vida agónizante,
todo el dolor que se cuajó en tus ojos,
no dejó de correr un sólo instante.

Polluelo herido, sin saber del vuelo,
que en extraña heredad y extraño suelo
el amor no encontraras de tu nido,

te quedaron los ojos ¡dos heridas!
para llorar torturas escondidas
en el fondo de sombras de tu olvido....

III

En todos los instantes de tu pena
falta dé sol, y en tu tenaz tormento,
porque escondías toda una alma buena,
llorar pudiste en paz el sufrimiento.

Del espinar que en tu alma se ocultaba,
al duro hincar de las espinas crueles,
tu mejilla yo ví cual se empapaba
en gotas de cristal ¡ llenas de hieles!...

Te hiciste a tanta pena, muda fuente
lloradora, llorabas mansamente
como *ojo de agua* que en los pajonales,

al torrente que brota de honda entraña,
le hace suave vertiente, con q
la tristeza tenaz de los breñales

IV

Qué infinita orfandad la que sentiste!
como el tuyo jamás hubo otro olvido;
la pena de tus muertos resististe
sin que nunca lanzaras un gemido....

Fuiste como la cumbre desolada
a la que el huracán hiere en su encono,
y no tiene ni fronda, brizna, nada,
para que sea voz de su abandono.

Y al horror de tu intensa desventura,
sólo pudo el caudal de tu ternura
vedar la queja al corazón vacío;

y nadie conoció tu cruel herida,
del mal más inhumano de la vida,
¡el mal del corazón lleno de frío! . . .

V

Alguna vez me asalta un alborozo
cuando pienso encontrarte, mañanera,
escardando el vellón blanco y sedoso
o volviendo luciente la espetera.

Fuiste la hormiga inquieta de la casa,
su paz en tu vivir de mansedumbre,
todo su amor en tu querer sin tasa,
todo su fuego al mantener la lumbre.

Ya no la algarabía cadenciosa
de los palillos, en la casa triste,
se oye como otros días, afanosa;

que encima de tu encaje no acabado,
puso la araña que la ruinas viste,
su red, que cubre todo lo olvidado...

VI

Florido el retamal, en vano espera
que del oro fragante de sus flores,
como ayer, tu ágil mano barrendera,
desparrame en la casa los primores.

Humo del capulí! con tu fragancia
cuál me llevas a oscuras lejanías,
cuando en copos te vas a la distancia
donde se fueron mis mejores días...

No pueden olvidarte mis sembríos
que dan, en las fatigas campesinas,
la codiciada miel de sus *vactos*;

que en el campo que tú ya no caminas,
aún pasan al lado de los míos
tus ojos, en las negras golondrinas...

VII

Todavía tu huerto florecido
con sus verduras la despensa llena,
y recordando que te fué querido,
al quitarle sus frutos me da pena.



Primavera en el campo árido y triste,
oculto al hambre del rebaño ansioso,
está dentro la quinchá que aún viste
el *gullán* con sus galas, generoso.

Revive la visión de lo lejano !
Cuando en el campo las pupilas prendo,
creo verte a las horas matutinas,

bajo el brazo el repollo más lozano,
que al llorar por su huerto, te iba haciendo
caricias con sus gotas cristalinas.

VIII

Aun cuando te perdiste en lo lejano,
te veo aún, inquieta despensera,
constante en la cocina, el rostro ufano,
aunque lloroso al humo de la hoguera.

Hoy, al quemarse el leño humedecido
que al sentir el calor espumas hace,
te llama, cuando lanza su gemido,
y al no hallarte, en cenizas se deshace.

En el fogón, do estabas cada día,
penetrando por la amplia chimenea,
te busca el sol las tardes todavía;

y al no hallarte, siquiera se recrea
girando con el humo que envolvía
tu rostro sonrosado a la tarea.

IX

No la esperéis tan largo, *tugadoras*,
de las quiebras calladas y sombrías:
por ver sus ojos pintarán las moras,
cuando sus cuencas ya estarán vacías...

Ay! si esta pena campesina hablara,
que recorre tenaz mis sementeras,
al irse el sol, talvez yo abandonara
mis mudos chaparrales y laderas.

Alma del cascajal que no da flores,
cuando la tarde apaga sus primores
y alguien anda los mudos matorrales,

olvidado del campo en la aspereza,
ojo abierto a los cielos con tristeza,
llora la poza de agua en los zarzales....

X

Y este sol y este campo y esta casa,
y el corazón que vive tembloroso;
están sintiendo que a su lado pasa
todavía tu aliento cariñoso.



Al correr de la vida cruel, serena,
impávida al dolor y a sus despojos,
los ojos que se van tras cada pena,
vuelven sin tí, sin nadie . . . ¡pobres ojos! . . .

Mas, ni campo, ni sol, ni hogar, ni huerto,
tanta cosa en que aún está despierto
tu recuerdo, prendido en honda herida,

te sienten, aunque a todos apenasto,
como yo ¡qué he de hacer! . . . si me dejaste
la pena de tus ojos en mi vida!

LOS DOS

Temblando de tristeza le cubría
al pobre río la neblina muda,
mientras la lumbre temblorosa huía
detrás la cumbre del confín desnuda.

Cuál quería la niebla cariñosa
con sus condales detener al río;
y el río, dando su canción llorosa,
corría sin cesar, lleno de frío.

Imagen de los dos: hoy que la tarde
de mis ensueños a la entraña envuelve,
aunque un destello en mis pupilas arde,
es de adiós, es de lumbre que no vuelve...

Y cómo tu hermosura a mí se abraza!
y aunque mi ser a tu bondad confío,
yo no sé a dónde mi existencia pasa
ruda y tan triste, como el pobre río...

1908.

LEJANÓ SOLI

Iba pidiendo al sol, como a un hermano,
calor, en esa tarde húmeda y fría,
el huérfano que cada noche, en vano,
soñaba que feliz despertaría.

Hasta la paz del campo parecía
llorar en esa tarde el inhumano
tormento, de ese niño que se había
encariñado con el sol lejano.

Pobrecito! al mirar que en la distante
lejanía, del astro agonizante
no quedaba en el campo un arbol,

se acordó que su madre. fué más buena,
sintiendo en la inclemencia de su pena
helada el alma y lejos madre y sol...





NI ALLI...

Aún resuena en la heredad desierta
el suave arpegio que su voz hacía,
y el crujido lloroso de la puerta
del cuarto aquel, que nuestro amor sabía.

Ensueño de otros años! por doquiera
que me encamino, de su pena huyendo,
la hallan mis ojos, para quienes fuera
luz, que hoy no tienen y se van muriendo.

Aún por nuestra mesa de lectura,
—despojos de veladas infatiles!
como restos vivientes de hermosura,
andan sus rizos rubios y sutiles.

Y del río, a su ausencia temblorosos,
con honda pena que mi pena humilla,
me preguntan por ella, cariñosos,
los sauces que nos vieron en la orilla.

Al ver que toda cosa, como mi alma,
a donde voy, por Ella me pregunta,
torno al hogar, ansioso de hallar calma
para esta vida de su amor difunta.

Ni allí!... que al encerrarme con su olvido
en la vivionda que dejó desierta,
me vuelve a preguntar en su gemido
el crujir tembloroso de la puerta...

1907.

VIEJO MURO

En vano llama el sol a esa ventana,
que en la quietud de silenciosa espera,
se arrebujá, mirando a la lejána
linde, con un crespón de enredadera.

Cariño de la tierra a lo que vuelve
a su seno, bordando esa ruína,
rastrera fronda con piedad la envuelve,
¡primavera del muro que declina!

Amarillento el sol, en vano insiste
en revivir lo que se vá al olvido,
llegando cada tarde, a ese balcón...

Ay! cómo se parecen en lo triste,
en lo què nace y muere derruido,
sol y muro, esperanza y corazón...



VIENDO TUS OJOS

Y torno a contemplar en tus pupilas
el mar en el que ayer naufragó el alma;
y cuyas olas puras y tranquilas
vivir parecen en completa calma.

Yo sé lo que hay al fondo de ese oceano
y sé el furor de esa quietud mentida,
donde el que naufragó, batalla en vano
por encontrar la orilla apetecida . . .

Mas, me entrego a esas olas, no es posible
soportar tu atracción irresistible,
pero hazme una merced, dí que me ofreces:

al lanzarme a ese abismo misterioso,
húndeme para siempre... es doloroso
resucitar sin alma tantas veces!...

1905

POBRE CAMINO!

Adivinas tu mal y te entristeces,
mal de irse ¡y no llegar! todos los días...
y al sol del mediodía desfalleces
cuando asciendes por agrias cresterías.

En medio a la montaña silenciosa,
donde nadie te ve, lloras tu sino,
y, ojo tuyo, la charca temblorosa
cuenta tu mal al mudo peregrino.

Por doquiera vas triste, y en tu errante
andar, que nunca acaba y siempre empieza,
al peso de tu suerte peregrinas;

y de tu soledad, oh caminante,
el silencio no es paz sino tristeza
de no saber a dónde te encaminas...

TU CANCION

Y escucho aún esa canción sentida,
que la escribiera aquella tarde triste,
cuando al ver que llegaba tu partida,
un recuerdo, con pena me pediste.

Cuando de noche en el silencio austero,
oigo cantar esas estrofas mías,
pienso que ha de llorar hasta el alero
donde ya no me esperas tantos días.

Cuál llora mi canción!... Los dos ausentes,
la oyen sólo los muros indolentes.
donde es ella reclamo y alarido;

y sin poder hallarte, a pena tanta,
vuelve a mi corazón, que no la canta,
a preguntarme si es verdad tu olvido...

1906

ARBOL VIEJO

En medio a este paisaje, en el que el sol esplende
y lo arropa en su manto de tembloroso tul,
un árbol descarnado, seco el ramal extiende,
como manos crispadas que imploran al azul.

Parece ese árbol seco, lleno de cicatrices,
humano sér que llora del frío la crueldad,
porque ya ni la tierra cobija sus raíces
que asoman erizadas, clamando al sol piedad.

No sé por qué de toda la espléndida hermosura
de este campo de vida cubierto de verdura
en el que aves y flores hicieron un vergel,

mi corazón se abraza con ese árbol añoso,
que al vendabal se queda más frío y tembloroso,
sin una hoja que caiga cual lágrima por él . . .

DONDE ESTUVIMOS...

Sabes qué quoda de los dos? ... Las flores
muertas en tu jardín que ya no encanta,
y el gramal que ha tendido sus primores
sobre el hoyuelo que dejó tu planta.

El gorrión que en la tapia tejó el nido,
para cuya hambre tus migajas fueron,
enseñando a cantar, en ese olvido,
a los polluelos que ya no te vieron ...

Una pena que llora todo el día
en la casa, sin nadie, que sabía
de esos idilios de una dicha trunca;

los ojos que se van a do estuviste,
y el corazón que no entra, y pasa triste,
donde los dos no volveremos nunca!...

1905



LIRA!

Yo no sé qué misterio te conmueve:
voz de mi Dios al fin! que así en extraño
encanto, llevas en tu ser tan breve,
para hacer cantos tan hermoso amaño.

Alma debes tener, si no me engaño,
alma que te da lengua y que te mueve,
lengua que nunca transformaste en daño
del alma que en tus dádivas se embebe.

No hay humano sentir que el imposible
te impida revelar en la dulzura
de tus cantares que al herirte riegas;

pero me gustas más, cuando sensible,
te igualas a mi madre en la ternura
y sin decirme nada me sosiegas.

CONTIGO

Ven, y como el sol que se ha prendido
esta tarde serena al muro yerto,
abrázate a mi pecho dolorido,
sol de los días de este pobre muerto.

Me ha venido esta tarde una honda pena
que ni yo mismo descifrar podría,
pena que llora en mí, como la quena
en la inclemencia de la noche fría.

Yo contigo, qué alegre me volviera!
Como flor que amorosa se prendiera
en la tapia agrietada que se inclina,

seríamos, al sol desfallecido,
yo el muro que se agobia envejecido,
tú, milagro de vida en la ruina...

1906.

OJOS CIEGOS

Velados para el sol todos los días,
perdidos en la 'noche de lo arcano,
se van a misteriosas lejanías
esos ojos que el sol alumbra en vano . . .

En inquieto vaivén de honda tristeza,
vueltos al cielo que su vida trunca,
ni lloran ; para qué ! si aquella espesa
nube, aunque lllore, no se esfuma nunca . . .

En su afán de encontrar la luz perdida,
no tienen por doquier más que la oscura
bruma tenaz que nunca traspasaron;

pero esos ojos, ciegos a la vida,
andan viendo otra Luz que no fulgura
para los míos que ante el sol cegaron...

TEMPLO TRISTE

Señor, que habrá de pona en tu santuario,
que cuando el sol de su quietud se aleja,
pasa por el ambiente algo de queja
y queda misterioso y solitario.

Fiesta afuera en el alto campanario,
quietud adentro de la nave vieja
donde, al rayo furtivo que se aleja,
se abraza el humo azul del inconsario



Sólo cuando estás solo, en mí te siento,
robado te quisiera a cuanto existe
y así, sin nadie, en tu mansión sombría;

para que, como el sol y el humo lento,
nos abracemos en el templo triste,
yo a tu silencio y Tú a la pena mía...



CUANDO MORISTE

Por Eufemia Palacios Bravo

No lo ví, pero tristes me contaron,
que amanecieron muchos largos días,
sin sol los campos, porque se nublaron
las montañuelas donde tú vivías.

Que para darte cruel su adiós postrero,
rondó la golondrina y al ponerte
en la caja, con trino lastimero,
huyó llorando ¡ pues no pudo verte!...

Que cuando te enterraron y volvía.
el cortejo sin tí, tarde del día,
lloró hasta el cielo porque nadie calle;

que fué de ver cómo de los breñales
el agua despenóse en los jarales
y se llevó la última flor del valle...

NADA ! ...



Y volvióso a quedar desesperado
el pobre corazón que esa mañana,
creyendo en el retorno del amado
asomó a la quietud de la ventana.

Mas no halló sino llanto en los cristales
y en el paisaje una sutil neblina,
que ocultaba en sus trémulos cendales
la silenciosa senda campesina.

Inútil espiar! a la brumosa
extensión la mirada cariñosa
llevó en vano la novia abandonada:

y, al cerrarla, con pena la vidriera
crujió, cual si un dolor la estremeciera,
y el pobre corazón no dijo nada! . . .

RETORNO

I

Y nada queda ya . . . Quién lo creyera!
al verme solo, en un afán de olvido,
al ansia destructora de la hoguera
dar los recuerdos de un amor perdido . . .

Nada me queda de él: cenizas vanas,
polvo de muerte en el que nada crece,
que esparcirán distante las tempranas
auras de otra existencia que amanece . . .

Quiero tornar a la quietud serena
de la vida que rompe la cadena
de una prisión donde sin luz moría;

y ante la realidad del desencanto,
que sea el corazón, al dar su canto,
caña de rondador, dulce y... vacía...

II

Soledad, aquí estoy, llego a tu puerta,
peregrino sin sol de tantos días;
dame a gozar tu paz, que traigo muerta
el alma, desde azules lejanías.

Tal vez no me conoces: tantos años
a que huyendo de tí, tomé el camino;
y ausencia, frío, sangre y desengaños
transformaron al pobre peregrino...

Abreme ya la puerta: entre tu olvido
quiero que el corazón quede escondido
del sol que va muriendo en lontananza:

quiero que tu silencio ponga vida
en la profunda y dolorosa herida
del que viene enterrando la esperanza...

III

Y en medio del silencio de mi vida
que se ocultó del mundo y su locura,
acaso llegue un bálsamo a la herida
de una ilusión que otra ilusión no cura...

Mientras la vida en calma se desliza
quizá el encanto al corazón volviera;
corazón que fué hoguera, en su ceniza
guarda la chispa para nueva hoguera...

Y en la oración sin luz de mi tristeza,
mi plegaria, Señor, será por esa
sombra que aún viene a mi quietud, huraña;

y Tú que sabes de mi pena extraña
y ves la entraña convertida en huesa,
pon tierra encima de mi pobre entraña!...

IV

Soledad, es de noche, gimo el viento,
cerremos ya el hogar, hay tanta sombra:
oye cómo el pajón se hizo lamento,
como una voz que alguna pena nombra.

La niebla que desciende a la llanura
viene en pos de los dos, cierra el postigo:
yo no puedo envolverme en su blancura
; corazón vuelto nieve busca abrigo!...

En medio de esta sombra que me oprime,
helado el corazón, oye cuál gime,
como un cárao solo en el vacío:

recíbele al que torna a tu ternura
como una fría, inmensa noche oscura,
en la que el pajonal clama de frío!...

1905



SUS HUERFANOS

En la muerte de Emiliano Hinostroza

Qué pena de verlos en grupo sombrío,
cogidos la mano las calles cruzar,
los ojos nublados, los cuerpos con frío,
camino a la escuela, qué cruel madrugar!

Aún moja los ojos rocío de llanto,
el sol no ha podido las gotas secar:
lloraron de noche, han llorado tanto,
y van todavía queriendo llorar...

Señor, no más pena para ellos; que acabe
del padre el recuerdo, que puedan la suave
caricia del sueño, tranquilos, gozar

los ojos nublados que tanto han llorado,
y después que triste vigilia han pasado
aun van a la escuela queriendo llorar...

1913.

TRAS ELLA

Al recuerdo de Ana María Bustamante

I

Ni siquiera la hablé, pero de lejos
sabía yo cómo la Hermosa fuera:
no sé por qué los que ya somos viejos
conocemos lo bueno a la primera.

No sé, pero una pena me ha venido
desde cuando me hablaron de su muerte,
pena que me ha dejado dolorido
mi corazón, en sus dolores fuerte.

Me acuerdo de Ella como en sombra vaga,
¡ay! y por todo el corazón me vaga
rara nostalgia con extraño modo,

iy así que no la ví sino de lejos!...
Por qué será que a los que somos viejos
nos duele más el corazón por todo!...

II

Ay! pero a quién no ha de doler, Dios mío,
la muerte cruel de ese pimpollo fresco!
me acuerdo de Ella y de su hogar vacío,
y cual huérfano suyo me estremezco.

Y de la tarde en las tristezas más,
cuando se hiela el alma y se entumeco,
pienso en sus hijos y en sus bocas frías,
y que fueran mis hijos me parece.

—Nostalgia de los días invernales,
de la pena sin voz, fríos raudales,
cuánta amargura va en la humana vida,—

id al hogar que abandonó la muerta,
cerrad a todo bien aquella puerta,
y que no haya consuelo a tanta herida...

III

Consuelo ; para qué ! mejor que el hielo
del dolor a los huérfanos marchite,
y que su entraña, interrogando al cielo,
grite de pena y de abandono grite.

Que desangre sus vidas toda espina,
que les azote sin piedad el frío;
que todo a su pisar sea ruina
en el hogar que se quedó vacío.

¡ Ay ! y que muera al fin, nidada herida
suspensa en un abismo ! la partida
mucho antes de vivir, debe ser bella:

no estén más tiempo de su madre lejos,
que la hallen antes de que siendo viejos
les duela ; en vano ! el corazón por Ella ! ..

I FRIOS ESCOMBROS I

A Nicolás Jiménez -



MOTIVO DE ESTOS VERSOS

“Quito, a 6 de Abril de 1919

Sr. Dr. D.

J. R. Burbano V.

Cuenca

Muy apreciado Señor y amigo:

Hace muchos días, tuve el gusto de recibir un folleto hermosamente editado en esa ciudad: llevaba el título “De Allá . . .” . . .

Letlo y, sin lisonja de ninguna clase, puedo asegurarle que quedé hondamente emocionado con su lectura. Era que allí encontré poesía, arte y algo que, acaso, a nadie más que a mi le conventa, le era adecuado y podía servirle de intérprete de hondas y exquisitas sensaciones.

Si, mi caro amigo! (permitame que le dé ya el sabroso y, para mí, muy honroso título de amigo).— Yo me encuentro actualmente, en circunstancias parecidas a las que usted describe en su poema.

Van a ser cuatro años, en este mes, a que perdí a mi idolatrada esposa; y desde ese día funesto—22 de Abril de 1915—abandoné la casita que sirvió de nido de nuestros amores y que presencié la horrible agonía de ese ser angelical. Manos mercenarias se encargaron de cuidar de esa vivienda. Mi padre era el único que, por encargo mio, entraba de vez en cuando a visitarla. Murió también mi padre de mi alma; y ahora, casi en el primer aniversario de la muerte de mi padre, sabedor de que está en ruinas la casa que tanto he querido, me veo obligado a ir, en persona, a recorrer punto por punto esa morada de mi dolor.

Aun no determino el día en que iré; todavía no tengo fuerzas para ello; pero las circunstancias me urgen y no puedo demorarme más. ¿Será hoy, será mañana?

NICOLAS JIMENEZ".



Te vas, y qué has de hacer! la suerte quiso
que allá, donde gozaste la ventura,
vuelvas a contemplar lo que deshizo
el tiempo, cruel como la sepultura.

Qué has de hacer, peregrino que no hallaste
quietud ni en el letargo de la pena,
torna atrás! al huir tú no pensaste
que al corazón su ruina le encadena...

Anda! la casa solariega a tanto
abandono, se agrieta envejecida:
mientras tus manos sus heridas cierra,

¡crueldad la del humano desencanto!
no poder, aunque el corazón lo pida,
las grietas suyas remendar con tierra...

Anda! más el tormento no retardes:
cual voz que va regando sus clamores,
pasea en busca de alguien por las tardes,
el viento en los callados corredores.

Entra! la casa al verte, estremecida
a tu llegar, tan solo y esperado,
sintiendo que es tu planta conocida
hará crujir con pena el entablado.

Mas, yo no sé, cuando entres ¡no lo hicieras!
en la alcoba sin sol, llena de frío
donde el polvo cayó sobre la nada,

cómo resistirás, sin que allí mueras,
de tu cuerpo el letal escalofrío
y el frío de la alcoba abandonada...

El eco de tu paso en la cerrada
heredad, encontrándolos vacíos,
recorrerá en aviso de llegada
todos los cuartos mudos y sombríos.



El tapial que en el humo no se emboza
y descarnó la muerta enredadera,
te dirá de su llanto en la musgosa
mancha, que fué dejando la gotera.

Y en tu dolor sin voz, que Dios te mande,
compadecido, la piedad del llanto
que al corazón de su penar desata;

pues más horrible que el dolor más grande,
es sentirse morir en el quebranto
de ese dolor, sin lágrimas, que mata...

Y aunque a nadie en la casa ver espera
el corazón que a ella va sumiso,
algo hallará de su tortura fiera
donde, olvidado, en sangre se deshizo...

Acaso entre la calma misteriosa
de la alcoba cerrada tantos días,
aun vague alguna queja dolorosa
que Ella lanzó en sus crueles agonías.

Y cuando lleno el corazón se sienta
del dolor sin igual de ver desnudo
el lecho suyo... que quedó deshecho;

antes que el ay! que acaso fuera afrenta,
porque con Ella ¡ infiel! morir no pudo,
maldice al corazón sobre ese lecho...

Huerto, lleno de sol en otros días,
acaso sea tu verdor de ahora
el último verdor: no haya alegrías
donde la vida el abandono llora.

Qué bien haría, en no hojear de nuevo!
insulto fuera su verdor florido
para el hogar que no tendrá renuevo
en la dulzura de sentirse nido...

De noche, el arbolado misterioso
su sombra, fiel, cuando la luna aclara,
pinta en la tapia con quietud doliente;

y abrazado a ese muro silencioso,
se duerme en él, porque sobre él pasara
la sombra, que no vuelve, de la ausente...

En el mortal silencio de las cosas
del cuarto tenebroso y empolvado,
donde irían las negras mariposas
que buscan, para estar, lo abandonado;

Habrá un fugaz estremecerse incierto
al entreabrir la crujidora puerta,
al ver que vuelve, sin haberse muerto,
esa mitad errante de la muerta...

Y al ver en todo lo que fuera un día
testigos de una dicha hoy tan distante,
tanto dolor, que tu dolor no amengua,

cómo tu horrible pena no querría,
dar, porque te hable de Ella un corto instante,
a cada cosa corazón y lengua...

Ay! cuando Ella murió, tú, viajero,
viajero sin sol que te alumbrara,
corraste la vivienda y sin sendero,
diste a vagar tras tu ilusión más cara...

No fue porque con fuerzas no te vieras
para quedar llenando ese vacío,
sino porque encontrarla presintieras
quién sabe en dónde... ¡loco desvarío!

Después, cuando en el mundo no la hallaste,
tornar de nuevo a la heredad tuviste,
por buscarla en su escombros derruido;

porque tras tu delirio penetraste
que aunque el nido esté solo, mudo y triste,
queda algo de la madre dentro el nido...

Al ver que el corazón te iba faltando,
en un supremo esfuerzo, tu alma rota
huyó de la heredad, mas, sólo cuando
de sangre no tuviste ni una gota.

Encargaste a tu padre la vivienda,
¡otra ruína! acostumbrada al frío...
rogándole, al tomar ignota senda,
que guardara las llaves... ¡del vacío!...

Ay; pero el pobre ovidador no pudo
ser más que tú: golpe tras golpe rudo,
su inmensa soledad le causó asombro;

y cayó como tarde que declina,
al escombro sin sol de la ruina,
ese escombro más frío ; humano escombro!...

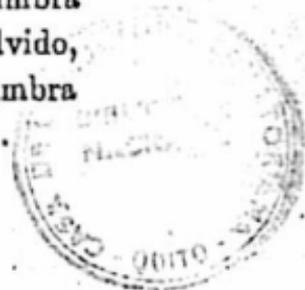
Y así, tuviste que tornar la planta
para ser ay! viviente de un abismo,
en cuya helada inmensidad que espanta
el eco de tu mal eres tú mismo...

Anda a la casa ; qué has de hacer! y junta
a su vacío, el tuyo, más profundo:
sólo allí habrá de tu "mitad difunta"
algo que nunca te ha de dar el mundo...

Y cuando el sol, al irse, tembloroso,
de tus viviendas el alero dore,
por consolar, en vano, tu tristeza,

tú, esconde el corazón que sangra ansioso,
a que el sol esas gotas no evapore
en las que vas al fondo de su huesa...

Enciértrate en tu pena que no alumbra
ha tiempo el sol, y sé dentro tu olvido,
cirio que anda buscando en la penumbra
algo que el corazón dejó perdido...



Ni intentes de los muros derruïdos
cerrar la grieta oscura y aterida:
¡por dónde ha de lanzar sus alaridos
la casa; por la muerta a quién no olvida...!

No abandonés tus ruinas: ten cercana
tu soledad a esos despojos yertos
que a tu cariño disputó la tierra;

que en la fatal desolación humana,
no hay más sepulturero de sus muertos
que el mismo corazón ; que nadie entierra!....

INDICE

	Págs.
Poema olvidado	1
Quién sabe a dónde!	21
Ultimo Canto	23
Astro Lejano	25
Fraternal	27
Despedida	35
Invernal	37
Nunca!	43
A la Escuela	45
En tu huerto	49
De tarde	51
Cuando murió	55
Pobro hermano	57
Día de sol	61
La Criada	67
Los Dos	77
Lejano sol	79
Ni Allí	81
Viejo Muro	83

Viendo tus ojos	85
Pobre camino!	87
Tu canción	89
Arbol viejo	91
Donde estuvimos	93
Lira!	95
Contigo	97
Ojos ciegos	99
Templo triste	101
Cuando Moriste	103
Nada	105
Retorno	107
Sus huérfanos	111
Tras olla	113
Fríos escombros!	117



Este libro es propiedad de la Biblioteca
 Nacional de la Universidad de la Cultura
 Su Venta es penada por la Ley

